

Por la forma en que hizo estallar la crisis

Malestar socialista contra Boyer

El «superministro» confirma que pidió más autoridad

F. L. P. MADRID

La toma de posesión de los nuevos ministros, aunque pretendieron se desarrollase en un clima de continuidad y normalidad, no pudieron evitar que, como ocurría durante el franquismo, surgieran ciertos gestos de contrariedad que subrayaron todavía más el dramatismo con el que Felipe González tuvo que resolver su crisis. Mientras Boyer reclamaba más autoridad en la política económica al recibir a su sucesor, Morán era despedido con clamores por sus hasta ayer subordinados. Solchaga aseguró que continuaría la política de su antecesor y tendió una mano al diálogo con UGT. Pero como confirmaba un alto cargo socialista, «aquí la gente se está reponiendo todavía de la noticia».

Fue Boyer el que elípticamente confirmaba la versión coincidente en todos los medios informativos de que, al no satisfacer Felipe González el deseo del ministro de Economía de contar con mayor autoridad para coordinar la política económica, tiró por tercera vez la toalla y dejó en difícil situación al jefe del Gobierno que más poder ha tenido en la historia de la delirante democracia española. Al dar posesión a su sucesor, Boyer señaló que importante que en esta nueva etapa el ministro de Economía tenga un poder de decisión, así como la posibilidad de diseñar y dirigir el área económica». El ministro entrante, Carlos Solchaga, apostó por la continuidad, subrayando que se encontraba con los medios y el diseño, porque no hay márgenes muy grandes en la política económica. Concluyó tendiendo una mano al diálogo con la UGT «para superar viejas discrepancias».

Malestar en el partido

En las tomas de posesión de ayer hubo de todo: desde lágrimas hasta explosiones de entusiasmo en torno a Morán, quien invitó a una copa a sus compañeros diplomáticos y les pidió perdón si les había dañado o incomodado en sus intereses. Era un reflejo condicionado de algo vivido en un pasado muerto, pero que demostraba que, cuando se pierde el poder, cualquiera que sea el sistema y la persona, siempre piensa que



Boyer aplaude a su sustituto.

EFE

cualquier tiempo pasado fue mejor.

Ahora, la tarea fundamental del jefe del Gobierno es recomponer su dañado prestigio en el partido, la nación y la comunidad internacional, en la que es unánime el comentario sobre la ingenuidad y bisonería que, sin duda de buena fe, ha demostrado Felipe González. Basta un análisis de sus propias palabras en la rueda de prensa con la que justificó un cambio de ministros para seguir haciendo la misma política, para comprobar que todas las intuiciones que los periodistas recogíamos tenían una parte de verdad.

Lo confirmó el malestar existente en el partido, donde todavía se echan las manos a la cabeza ante la imagen de impericia que se ha transmitido. Bien por excesiva confianza o por el juego sutil de la política por parte de quien no sólo está en segundo lugar en el Gobierno, sino también en la aceptación como político, según revelan numerosas encuestas. Hablamos de Guerra, naturalmente. Boyer le había pedido al presidente la vicepresidencia para poder hacer un equipo a su medida y coordinar a todos los ministros económicos como ayer mismo dijo, con mayor autoridad. El ex ministro se atrevió a plantear de nuevo su vieja aspiración ante una acti-

tud de cierto abandonismo con la que aparentemente Guerra contemplaba los problemas existentes en el Gobierno y en el partido en los últimos meses. Pero no era más que una falsa percepción, ya que el vicepresidente no ha dejado de ocuparse del conflicto que enfrentaba al partido y al Gobierno con la UGT. Confiado, Boyer creyó que ese era su momento, pero no lo calculó bien. Cuando parecía que iba a contar con la aquiescencia de Felipe González, Guerra planteaba el jueves de la semana pasada, en un susurro, su cansancio y su deseo de retirarse de la política. Tal actitud decidió a González a denegar a Boyer su petición de ascenso: «Eso no puede ser».

Boyer planteó al presidente un ultimátum el miércoles por la tarde y González acabó eligiendo, una vez más, a su compañero de Suresnes: «El que hará siempre lo que yo le diga». La crisis había estallado, pero estaba resuelta con un calafateo de «socialtecnocratas». Sin embargo, Guerra seguía en el Gobierno, a pesar de haber planteado seis veces, como le dijo el miércoles en la noche al «Loco de la colina», mientras el presidente del Gobierno dudaba como Hamlet frente a los azulejos de la bodeguilla.

Como anotábamos ayer, en análisis de urgencia, han perdido todos. No ha ganado nadie. Porque los problemas con los que tropezaba Boyer subsisten: aumentar la eficacia económica para lograr una mejor distribución social. El juego duro de Guerra ha impedido, sin embargo, que se produjeran más fracturas en el partido de las que ya puede suponer la salida de Morán, la entrada de su sucesor —que ha dicho que «no le gustaba hablar de lo que no conocía»— y la forma en que se ha gestionado una crisis tan amplia para justificarla manifestando que «todo seguirá igual».

Evidentemente, ya nada podrá ser lo mismo. Solchaga se enfrenta a las mismas tareas imposibles de atender con unos ingresos que ya no se pueden estirar más y unos gastos que crecen geométricamente. Unos presupuestos que el año próximo tienen que hacer frente a un aumento de las obligaciones financieras de la deuda del Estado, un mayor déficit público, un incremento de la financiación autonómica, las contribuciones financieras a la CEE, el tirón del IVA en el volumen de la inflación, la reducción de las exportaciones...

Sin duda, que no le falta coraje a Carlos Solchaga para



Felipe, el más dañado. LA VERDAD

hacerse cargo de una tarea en la que piensa aplicar métodos del neoliberalismo japonés.

Por las primeras declaraciones de los nuevos ministros, no son probables excesivos cambios en los segundos niveles más que aquellos imprescindibles derivados de la confianza o del cansancio de los actuales. No sería práctico acometer grandes cambios de personas en un mes en el que se tiene que hacer el trabajo más arduo de preparación del presupuesto del año próximo y cuando faltan pocos meses para las elecciones generales. Además de oxigenar una política que se tacha de continuista, el nuevo Gabinete tiene, según su presidente, que dar más confianza y suscitar más entusiasmo entre sus electores.

En Administración Territorial, Félix Pons dijo que prestaría más atención a los municipios, cuya ley básica dejó su antecesor a punto de desarrollar. Abril Caballero todavía no parece haberse repuesto del susto de frustrar las apetencias de Enrique Mújica para ocupar una poltrona, según él mismo había confirmado en la mañana del miércoles al subsecretario de dicho departamento— para la que ya había encargado fotos con destino a su biografía oficial. Le servirán para cuando represente a España en Israel. Tanto Sáenz de Cosculluela, en Obras Públicas, como Joan Majó, en Industria, tendrán muy difícil cambiar la política de sus predecesores, sobre todo en Obras Públicas, donde la mayor parte de los planes de desarrollo de las mismas hasta final de la actual década, incluso de este siglo, están ya comprometidos.

En definitiva, en lo único que ha acertado González a la hora de resolver la que puede llamarse su primera y más complicada crisis, fue el demorarla a julio, cuando el Parlamento está cerrado. Porque si la hace antes de que se celebrara el último comité federal del PSOE y con las cámaras abiertas, la «ucedización» del PSOE estaba asegurada.